

Esta sección habla sobre la iglesia invisible y visible.

La Iglesia

La iglesia es la asamblea de los creyentes en Cristo

Usamos la palabra *iglesia* de diversas maneras. Hablamos del edificio en el que realizamos servicios de adoración, como iglesia; hablamos de la Iglesia Luterana de... (agregándole el nombre de nuestra congregación), como de la iglesia local a la que pertenecemos. Podemos hablar de denominaciones o del sínodo al que pertenecemos, como iglesia. Cuando la Escritura habla de la iglesia (griego: *ekklēsia*), se refiere a la asamblea de creyentes reunidos por el Espíritu Santo por los medios de gracia (Hch. 20:28; 1 Co. 1:2; Hch. 2:41). La iglesia se llama también: el cuerpo de Cristo (Ef. 1:22, 23), “la casa de Dios” (1 P. 4:17), “la familia de la fe” (Gl. 6:10), “miembros de la familia de Dios [...] templo santo en el Señor” (Ef. 2:19-21).

En la explicación del Tercer Artículo del Credo Apostólico, en el Catecismo Mayor, Lutero dio esta definición de la iglesia:

Los nuestros, sin saber ni latín, ni alemán, colocaron en su lugar “comunidad de los santos” que ni se dice en alemán ni tampoco se entiende. Para hablar correcto alemán habría que decir “comunidad de los santos”, esto es una comunidad en la que hay puros santos o más claramente aún “una comunidad santa”.

Este es el sentido y el contenido principales de esta adición: Creo que existe en la tierra un santo grupo reducido y una santa comunidad que se compone de puros santos, bajo una cabeza única que es Cristo, convocada por el Espíritu Santo, en una misma fe, en el mismo sentido, y en la misma comprensión, con diferentes dones, pero estando unánimes en el amor, sin sectas, ni divisiones (CM Segunda Parte: 49-51).

La iglesia se encuentra donde se administran los medios de gracia

La iglesia (la asamblea de creyentes en Cristo) se encuentra donde se proclame el evangelio y se administren los sacramentos del bautismo y la cena del Señor. El profeta Isaías escribe: “Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (Is. 55:10,11). Cuando llueve, el agua hace que las semillas sembradas se conviertan en plantas. Las plantas producen más semillas para sembrar y alimentos para sostener al agricultor y a otros. También el evangelio hará el propósito de Dios. Dios siempre obra en y por medio de su evangelio, de modo que es “poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Ro. 1:16).



La iglesia se encuentra dondequiera que se proclame el evangelio y se administren los sacramentos. En Pentecostés, Pedro bautizó tres mil personas. Lucas escribe: “Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas”. (Hch. 2:41). También leemos que en la iglesia primitiva: “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan [una referencia a la cena del Señor] y en las oraciones” (Hch. 2:42). El bautismo y la cena del Señor contribuyeron en la reunión y el fortalecimiento de la iglesia.

¿Cómo es la iglesia?

La iglesia es invisible. La fe es asunto del corazón; solo Dios puede mirar el corazón de la persona y ver si es creyente. Como dice Salomón: “Solo tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres” (1 R. 8:39). Debemos aceptar lo que las personas profesan sobre su fe, como ellas deben aceptar lo que profesamos. Jesús dice: “La venida del reino de Dios no se puede someter a cálculos. No van a decir: “¡Mírenlo acá!” “¡Mírenlo allá!” Dense cuenta de que el reino de Dios está entre ustedes” (Lc. 17:20,21 NVI). La gente del tiempo de Jesús esperaba que viniera el Mesías y estableciera un reino terrenal que expulsara al odiado gobierno romano. Jesús dice que el reino de Dios, su gobierno en el corazón de los creyentes es inmaterial; es algo que solo Dios puede ver; como declara Pablo: “Conoce el Señor a los que son suyos” (2 Ti. 2:19). Como la iglesia es invisible, confesamos: “Creo en la santa iglesia cristiana” (Credo Apostólico).

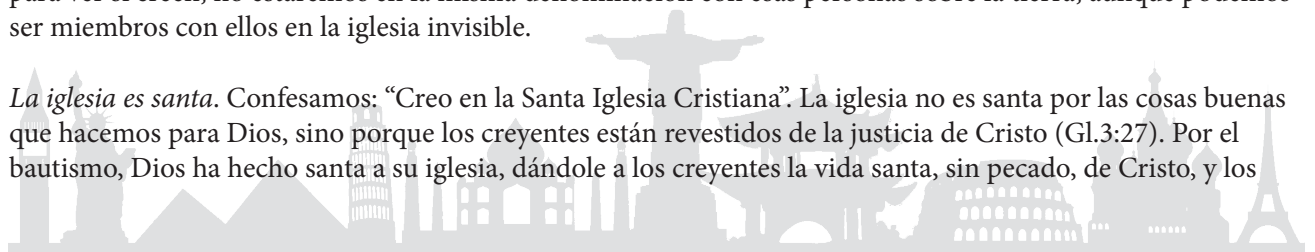
La Iglesia Católica Romana enseña que la iglesia es el cuerpo visible gobernado por el Papa; afirma que la iglesia es un cuerpo externo visible. Pero nosotros, con base en la Escritura, confesamos: “Creo en la Santa Iglesia Cristiana”. Conocemos a la iglesia por fe, no por vista. Solo el Señor sabe quiénes son los suyos (2 Ti 2:19). En respuesta al error de Roma, Lutero declaró: “No les concedemos que ellos sean la iglesia y tampoco lo son [...] Pues gracias a Dios, un niño de siete años sabe qué es la iglesia, es decir, los santos creyentes y “el rebaño que escucha la voz de su pastor” (AE III XII: 1-3).

La iglesia es una. Hay solo una iglesia de Cristo; no hay una rama luterana y una metodista. Hay solo un cuerpo de creyentes en Cristo. Jesús dice: “habrá un solo rebaño y un solo pastor” (Jn. 10:16 NVI). Para enfatizar la unidad de la iglesia de Cristo, Pablo repite la palabra uno siete veces en Efesios 4:3-6; también declara: “Todos todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gl. 3:28).

En el mundo hay actualmente muchas denominaciones diferentes; pero, hay solo una “santa iglesia cristiana”. En este mundo, las denominaciones tienen un propósito útil: no podemos mirar el corazón de las personas para ver si son creyentes, debemos tratar con ellas sobre la base de su profesión de fe. Las confesiones de un cuerpo eclesiástico nos dirán lo que creen sus miembros; si las confesiones de una iglesia no están de acuerdo con la Escritura, sabemos que hay error en esa iglesia. Si el evangelio sigue presente en las confesiones de una iglesia, allí habrá cristianos. Pero no podemos unirnos con una iglesia que enseñe error; hacerlo no sería un testimonio amoroso a las personas que están en error. Unirse con una iglesia que enseña error podría ser también causa de que las personas tropezaran en la fe o la perdieran. El error nunca ayuda a la fe, siempre la lastima. No queremos exponer nuestra fe al error para que no sucumbamos ante él.

Así, no nos unimos con: católicos, metodistas, presbiterianos, y otras iglesias, que enseñen o toleren el error; pero sabemos que hay cristianos en las iglesias donde sigue presente el evangelio. Todos los que creen en Cristo son uno con nosotros en la iglesia de Cristo. Pero, como no podemos mirar el corazón de las personas para ver si creen, no estaremos en la misma denominación con esas personas sobre la tierra, aunque podemos ser miembros con ellos en la iglesia invisible.

La iglesia es santa. Confesamos: “Creo en la Santa Iglesia Cristiana”. La iglesia no es santa por las cosas buenas que hacemos para Dios, sino porque los creyentes están revestidos de la justicia de Cristo (Gl.3:27). Por el bautismo, Dios ha hecho santa a su iglesia, dándole a los creyentes la vida santa, sin pecado, de Cristo, y los



beneficios de su sufrimiento y muerte (Ef. 5:25-27). La santidad de la iglesia no es algo inherente, que venga de adentro; es una santidad imputada, que nos viene de afuera, por medio de la fe en Cristo. Sí, el pueblo de Dios le sirve con obras santas (1 P. 2:5; Ro. 12:1,2), pero las obras de los creyentes son santas solo porque se ven a través de la vida perfecta de Cristo. Los miembros de la iglesia se pueden llamar santos (Ef. 1:1), porque son tenidos por santos por causa de Jesús.

La iglesia es universal (católica). La palabra católica con c minúscula significa “universal”. Como Roma se llama a sí misma Iglesia *Católica* Romana, siempre tenemos que explicar el significado propio de la palabra católica. La iglesia incluye personas de todo el mundo, a nadie se excluye por: raza, origen étnico, género, ni estatus social. El evangelio: llega a todas las personas, lleva a la fe a personas de todo el mundo, de diferentes clases sociales, de diferentes culturas. Pedro tuvo que aprender que Dios quería que los gentiles (los no judíos) oyeran el evangelio. Cuando el Señor lo condujo a la casa de Cornelio, Pedro declaró: “De él dan testimonio todos los profetas, que todo el que cree en él recibe, por medio de su nombre, el perdón de los pecados” (Hch. 10:43 NVI). Jesús oró: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, [los apóstoles] para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (Jn. 17:20,21).

La iglesia es imperecedera. El Diablo busca destruir la iglesia de Cristo; se enfurece contra ella y la ataca de todos los modos posibles. Pero no tenemos temor, Jesús nos da la seguridad de que el diablo nunca lo logrará. Cristo protegerá y preservará su iglesia por todos los siglos. Él dice: “Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.” (Mt. 16:18). Todo el libro del Apocalipsis es la realización de este tema; las siete visiones, que le otorgó Jesús a Juan en el Apocalipsis, tienen el mismo tema: Jesús preservará a su iglesia. Como dice Jesús: Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Jn. 10:27,28). Estas palabras son gran consuelo, nos llevan a decir con Lutero:

Aun si están demonios mil,
Prontos a devorarnos,
No temeremos, porque Dios
Sabrá aún prosperarnos.
Que muestre su vigor
Satán y su furor,
Dañarnos no podrá;
Pues condenado es ya
Por la Palabra santa. (CC 129:3)

La iglesia de Cristo es la única iglesia salvadora. Hay solo un camino al cielo, y es por la fe en Jesús. Jesús declara: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn. 14:6). Solo los creyentes en Cristo pertenecen a la santa iglesia cristiana; solo los creyentes en Jesús entrarán al cielo. Por eso, la iglesia de Cristo es la única iglesia salvadora. No podemos identificar a ninguna iglesia o denominación visible como la única iglesia salvadora; dondequiera que se proclame el evangelio, allí habrá creyentes. Los que entran al cielo no lo hacen por pertenecer a alguna iglesia en particular; el cielo es un don de Dios a los que, por medio de la fe, son miembros de su iglesia.

La Iglesia Católica Romana ha afirmado que es la única iglesia salvadora. En 1302, el Papa Bonifacio VIII declaró: “Estamos obligados por la fe a creer y sostener—y así lo creemos firmemente y lo confesamos sinceramente—que hay una: santa, católica, y apostólica, iglesia y que fuera de esta iglesia no hay salvación ni remisión de pecados”.¹ Bonifacio hizo esta afirmación en el contexto de una lucha por el poder con Felipe IV (el Justo) de Francia. Felipe había gravado con un impuesto a los clérigos franceses para ayudarle a pagar el conflicto con Eduardo I de Inglaterra. La clerecía francesa apeló ante Bonifacio, quien dijo que Felipe no tenía autoridad para gravarlos con impuestos. Bonifacio reclamaba autoridad sobre los reinos temporales como también sobre la iglesia.

Esta posición exclusivista persistió en Roma hasta que fue reinterpretada en el siglo 20. El padre Leonard Feeney (m. 1978) insistió en la interpretación literal del principio de exclusividad enunciado por Bonifacio VIII; su interpretación iba contra el espíritu de ecumenismo que surgió en Roma. El Santo oficio (ahora llamado Congregación para la Doctrina de la Fe) le envió al cardenal Richard Cushing la llamada Carta de Boston, de la arquidiócesis de Boston en 1949. En esa carta, declaraban:

No siempre se exige que una persona se incorpore en realidad como miembro de la iglesia, pero se requiere que tenga al menos el deseo y la aspiración de pertenecer. No siempre es necesario que ese deseo sea explícito... Dios acepta también el deseo implícito, llamado así porque está contenido en la buena disposición del alma por la que la persona quiere que su voluntad sea conforme a la voluntad de Dios.²

Esta posición, de que Roma es la única iglesia salvadora, fue reafirmada en la Constitución dogmática de la iglesia, del Vaticano II (1962 – 1965). Ahí, Roma, bajo la dirección de los papas Juan XXIII y Pablo VI, reafirmó la posición de que hay solo una iglesia salvadora. Roma dijo:

Enseña que la iglesia, que ahora mora en la tierra como en el exilio, es necesaria para la salvación [...] Cualquiera que, por lo tanto, sabiendo Dios hizo necesaria a la Iglesia Católica por medio de Jesucristo, se negara a entrar en ella o a permanecer en ella, no puede ser salvo.³

Pero Roma afirmó también:

También pueden obtener eterna salvación los que no conocen el evangelio de Cristo o su iglesia, no por su propia falta, y buscan sinceramente a Dios y, movidos por gracia, luchan por obras para hacer su voluntad, como la conocen por los dictados de su conciencia.⁴

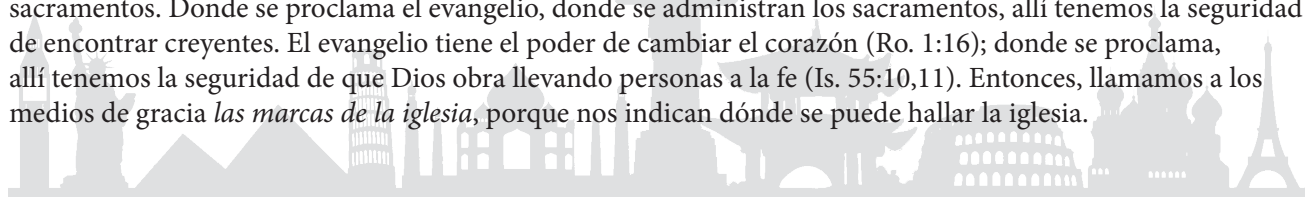
McBrien resume así el cambio de posición de Roma:

La comprensión de la necesidad del catolicismo difiere de la comprensión común anterior al Vaticano II de la iglesia católica como la “única iglesia verdadera de Cristo”. Las razones teológicas más profundas para el cambio son la nueva apreciación de la disponibilidad universal de la gracia y la revelación, y el reconocimiento de que la iglesia (todo el Cuerpo de Cristo), está compuesta de muchas iglesias, algunas de las cuales no están en comunión con el obispo de Roma. Pero, la Iglesia Católica conserva cierto estatus normativo en relación con otras iglesias.⁵

En la iglesia católica, algunos creen que todavía hay una religión verdadera pero que en la medida en que otras “religiones” contienen auténticos valores e incluso gracia salvadora, lo hacen como comunidades “anónimamente cristianas”. La posición de Roma, entonces, ha ido del *exclusivismo* (por el que sostienen que son la única iglesia salvadora) al *pluralismo* (en el que están dispuestos a aceptar una variedad de creencias como válidas en alguna medida).

Aunque invisible, la iglesia no es imperceptible

La iglesia es invisible. Solo Dios puede mirar el corazón de las personas y ver si tienen fe en Cristo. Pero, aunque la iglesia es invisible, podemos descubrir dónde está presente. Los medios por los que se identifica la presencia de la iglesia son los medios por los cuales Dios produce la iglesia. Esos medios son el evangelio y los sacramentos. Donde se proclama el evangelio, donde se administran los sacramentos, allí tenemos la seguridad de encontrar creyentes. El evangelio tiene el poder de cambiar el corazón (Ro. 1:16); donde se proclama, allí tenemos la seguridad de que Dios obra llevando personas a la fe (Is. 55:10,11). Entonces, llamamos a los medios de gracia *las marcas de la iglesia*, porque nos indican dónde se puede hallar la iglesia.



Además, donde hallamos creyentes, hallaremos frutos de su fe, hallaremos personas aferradas a Cristo y a su palabra, en la fe. Jesús dice: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Jn. 8:31); hallaremos personas que confiesan su fe en Cristo, ese es un fruto natural de la fe del cristiano. Como dijeron los apóstoles: “No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hch. 4:20). Donde está presente la iglesia, hallaremos personas aferradas a Cristo en la fe y confesando su fe en él.

Llamamos iglesia visible a una reunión visible de personas alrededor del evangelio, por causa de los creyentes que hay en medio de ella. Esta no es una iglesia aparte de la iglesia invisible; los creyentes que hay en una reunión visible son miembros de la iglesia invisible. La reunión visible de personas alrededor del evangelio se llama iglesia por causa de los creyentes que hay en ella. Pero también sabemos que hay hipócritas en las reuniones visibles de personas alrededor del evangelio. Jesús contó la parábola de la semilla y la mala hierba (Mt 13:24-31,36-43) para ilustrar que los incrédulos estarán presentes en reuniones visibles de personas alrededor del evangelio; pretenderán ser cristianos, pero esconden un corazón incrédulo en una pretendida fe cristiana. Por eso, la vida cristiana no puede ser una marca infalible para identificar la presencia de la iglesia, porque la vida cristiana se puede imitar. Ananías y Safira trataron de imitar la vida cristiana, pero eran hipócritas a quienes el Señor puso al descubierto en la iglesia primitiva (Hch. 5:1-11).

Habrán hipócritas en la iglesia visible, pero no son parte de la iglesia invisible. Como no tienen fe, no pertenecen a la iglesia de Cristo, aunque estén asociados con un grupo de creyentes que se reúnan alrededor del evangelio.

Respecto de estos temas, nuestras confesiones declaran:

Pero la iglesia no es solo una comunidad que se caracteriza por ciertos factores exteriores y ritos, como otros gobiernos, sino que es sobre todo la comunidad de la fe y del Espíritu Santo en los corazones, aunque posee señales exteriores para que se la pueda conocer. La doctrina pura del evangelio, y la administración de los sacramentos conforme al evangelio de Cristo (Ap VII y VIII: 5).

Aunque haya hombres hipócritas y malos que son miembros de esta iglesia verdadera según los ritos exteriores, sin embargo, cuando se da una definición de la iglesia, es necesario definir a aquella que es el cuerpo vivo de Cristo, aquella que es la iglesia de nombre y de hecho (Ap VII y VIII: 12).

Y no es que soñemos con una república platónica, como algunos nos calumnian impíamente, sino que decimos que esta iglesia existe, y que la constituyen los verdaderos creyentes y justos esparcidos por todo el orbe. Y añadimos sus señales: La doctrina pura del evangelio y los sacramentos (Ap VII y VIII: 20).

Por eso nosotros consideramos, de acuerdo con las Escrituras, que la iglesia propiamente dicha es la congregación de los santos, que de veras son creyentes en el evangelio de Cristo y tienen el Espíritu Santo. Pero reconocemos también que, en esta vida, junto con los santos se hallan mezclados hipócritas y malos, asociados a las señales exteriores, que igualmente son miembros de la iglesia a raíz de dicha asociación, y por ello ocupan cargos en la iglesia. Y no pierden eficacia los sacramentos al ser administrados por indignos pues estos, por haber sido llamados por la iglesia, no representan a su propia persona sino a la persona de Cristo, tal como él mismo lo dice: “El que a vosotros oye, a mí me oye” (Lc. 20:16) (Ap VII y VIII:28).

La forma externa de una asamblea Cristiana puede variar, pero donde estén presentes las marcas de la iglesia, la iglesia está presente

El Señor quiere que los cristianos se reúnan alrededor de los medios de gracia. El escritor a los hebreos dice: “considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”

(Heb. 10:24,25). Nos reunimos alrededor de los medios de gracia para animarnos mutuamente al amor y a las buenas obras. Los cristianos se benefician de la asociación con otros cristianos. Cuando se inicia un fuego con carbón de leña en un asador, no se separan los trozos de leña, sino que se ponen juntos; de esa manera el calor de uno encenderá el fuego en otro. También, los cristianos se animan mutuamente con el evangelio en Palabra y sacramentos.

La forma en que se reúnen los creyentes alrededor de la Palabra y los sacramentos puede variar. La primera forma en que se reúne la iglesia es la congregación local. La congregación local realiza el programa de trabajo más integral; ahí se proclama y se enseña de forma regular la Palabra de Dios en: los servicios, las clases bíblicas, y programas de educación cristiana. Los creyentes se reúnen para la adoración y para animarse mutuamente. Se administran regularmente los sacramentos, se visita a los enfermos y encarcelados; los miembros salen a llevar a otros el evangelio de Cristo.

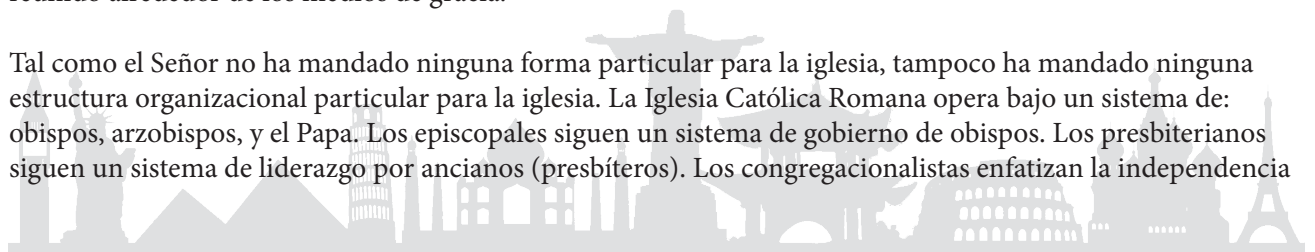
Pero nuestro Señor no mandó ninguna forma particular en que la iglesia debiera reunirse, lo dejó para que su pueblo decidiera en libertad cristiana; sencillamente le dio a la iglesia la comisión de proclamar el evangelio y administrar los sacramentos. ¿Cómo o de qué manera hacerlo? Lo dejó a discreción de la iglesia. Así, encontramos en la iglesia primitiva, cristianos que se reunían con cristianos de otras áreas para llevar a cabo la gran comisión de Cristo. Los creyentes de Jerusalén y Antioquía tenían estrecho contacto; la iglesia de Jerusalén envió a Bernabé a Antioquía. Bernabé llevó a Pablo de Tarso (Hch. 11:19-26). La iglesia de Antioquía envió luego a Pablo y a Bernabé, en el primer viaje misionero de Pablo (Hch. 13:2,3). En el Concilio de Jerusalén participaron personas de la iglesia de Antioquía y de la iglesia de Jerusalén (Hch. 15). Las iglesias de Galacia, Macedonia, y Acaya, se unieron para una colecta para ayudar a los pobres de Jerusalén (1 Co. 16:1-4).

Esas primeras reuniones de cristianos de diferentes partes, que se unieron para llevar a cabo la comisión de Cristo, fueron las precursoras de nuestros actuales sínodos. Un sínodo es una asamblea de cristianos de diferentes congregaciones, de varias áreas, que se unen para llevar a cabo la obra que Cristo le dio a su iglesia. Como están presentes las marcas de la iglesia (el evangelio en la Palabra y los sacramentos), el sínodo es también iglesia. El sínodo reunirá los recursos de la membresía colectiva con el fin de realizar la gran comisión de Cristo. El sínodo emprenderá actividades, como iniciar misiones locales o en el extranjero. Lo que un grupo pequeño no puede hacer por él mismo, podrá hacerlo un grupo más grande. También es trabajo del sínodo la preparación de futuros pastores y maestros. Si cada congregación preparara sus propios obreros, la calidad de la preparación podría menoscabarse. Por eso los creyentes reúnen sus recursos para financiar instituciones para educar a los futuros obreros, dándoles la mejor formación posible.

Otras formas en las que la iglesia se puede reunir son: asociaciones de colegios luteranos de área, una asociación para administrar una universidad cristiana, ministerios institucionales, campamentos bíblicos, grupos que suministran servicios de radio o televisión, la antigua Conferencia Sinódica (1871 – 1967), y la Conferencia Luterana Evangélica Confesional (fundada en 1993). Todos son creyentes reunidos alrededor del evangelio. Donde están presentes las marcas de la iglesia, la iglesia está presente.

Algunos han sostenido que la única forma visible de la iglesia que Dios instituyó es la congregación local; dicen que cualquiera otra asamblea o asociación de cristianos, como un sínodo, es solo una disposición humana. Algunos en la Iglesia Luterana—Sínodo de Misuri (LCMS [abreviatura en inglés]) y las Iglesias Luteranas de la Reforma, han enseñado ese error. Es un error, porque es iglesia todo grupo de creyentes reunido alrededor de los medios de gracia.

Tal como el Señor no ha mandado ninguna forma particular para la iglesia, tampoco ha mandado ninguna estructura organizacional particular para la iglesia. La Iglesia Católica Romana opera bajo un sistema de: obispos, arzobispos, y el Papa. Los episcopales siguen un sistema de gobierno de obispos. Los presbiterianos siguen un sistema de liderazgo por ancianos (presbíteros). Los congregacionalistas enfatizan la independencia



de cada congregación. En el Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin (WELS [abreviatura en inglés]), seguimos un sistema en el que la mayoría gobierna en asuntos no establecidos por la Escritura. Pero no insistimos en que esa es la única forma correcta para el gobierno de la iglesia.

Dios edifica y nutre la iglesia por los medios de gracia

Cristo le dio a su iglesia la comisión: “id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:19,20). Cristo, como cabeza de la iglesia, envía a los creyentes a llevar al mundo las buenas nuevas sobre Jesús. Por medio de la proclamación del evangelio y de la administración de los sacramentos, Cristo edifica y preserva su iglesia. Donde se proclame el evangelio, ahí obra Dios, llegando a las personas y llevándolas a la fe en Cristo (Is. 55:10,11).

Dios edifica su iglesia por los medios de gracia. Puede haber la tentación de alcanzar gran crecimiento numérico en la membresía de la iglesia a como dé lugar. Ciertamente podemos usar diversos métodos para presentar el evangelio; tampoco queremos poner obstáculos en lo concerniente a llevar el evangelio a las personas. Pero debemos tener mucho cuidado en no confiar en nada distinto de los medios de gracia para edificar y nutrir la iglesia. En relación con esto queremos ver el Church Growth Movement [el Movimiento de Iglecrecimiento]. Este movimiento, para el crecimiento de la iglesia, incluye más que el evangelismo; cubre áreas como: siembra de la iglesia, diagnóstico de la iglesia, asimilación, nutrición, dones espirituales, y dinámica de grupos pequeños.

El padre del Church Growth Movement es Donald McGavran, un misionero de Disciples of Christ de la United Christian Missionary Society [los Discípulos de Cristo de la Sociedad Unida Cristiana Misionera] de India. McGavran murió en 1990 a la edad de 92 años; había notado que unas congregaciones de India central estaban creciendo muy rápidamente, mientras otras crecían lentamente o no crecían; quiso saber por qué ocurría eso. Las respuestas que encontró lo llevaron a fundar el el Movimiento de Iglecrecimiento. En 1961 McGavran renunció a la United Christian Missionary Society, y fundó el Institute for Church Growth [la Sociedad Unida Cristiana Misionera] en la Northwest Christian University [Universidad Cristiana del Noroeste] de Eugene, Oregon. En 1965 trasladó el instituto a Pasadena, California, por invitación del Fuller Theological Seminary [Seminario Teológico Fuller]. Allí fue decano de una escuela de postgrado independiente, el Fuller Theological Seminary School of World Mission [Seminario Teológico Fuller--Escuela para Misiones en el Extranjero].

Los primeros seis profesores de esta escuela han contribuido con material para el Iglecrecimiento. Arthur Glasser trabajó para la China Inland Mission [Misión para la Interior de China]. Edward Orr era un evangelista inglés. Alan Tippet era un australiano con 20 años de experiencia como misionero en las islas Fiji. Charles Kraft tenía años de experiencia misionera en Nigeria. Ralph Winter fue misionero en Guatemala. C. Peter Wagner fue misionero en Bolivia.

En 1972, el Movimiento para Iglecrecimiento experimentó un cambio importante en su énfasis; hasta ese momento, el centro era principalmente las misiones mundiales. Líderes del iglecrecimiento, como C. Peter Wagner, comenzaron a preguntarse si los principios de iglecrecimiento que parecían funcionar en campos extranjeros podrían funcionar en Norteamérica. McGavran y Wagner, condujeron un seminario en el que les enseñaron los principios de iglecrecimiento a 25 pastores y laicos en Lake Avenue Congregational Church [Iglesia Congregacional de Lake Avenue] de Pasadena, California. El seminario tuvo una respuesta tan entusiasta que el Church Growth Movement cambió su énfasis principal de los campos en el exterior a los domésticos.



Hoy, las figuras principales del Church Growth son: C. Peter Wagner, Win Arn (líder de evangelismo de la Evangelical Covenant Church [Iglesia Evangélico del Pacto]; fundador del Institute for American Church Growth [Instituto para Iglesiacrecimiento Americano], Carl George (jefe del Charles E. Fuller Institute of Evangelism and Church Growth [Instituto de Evangelismo y Iglecrecimiento], Waldo Werning (miembro de LCMS, conocido por su trabajo en el área de mayordomía y autor de un libro sobre iglecrecimiento), y Lyle Schaller (escritor, planificador parroquial, consultor eclesiástico y jefe de recursos de talleres de iglecrecimiento).

Hay algunas cosas en el iglecrecimiento, en los escritos de McGavran que se han considerado útiles para desarrollar estrategias para obra misionera. Pero el Movimiento para Iglecrecimiento tiene el espíritu de la teología reformada, y hay varias desviaciones teológicas que debemos conocer.

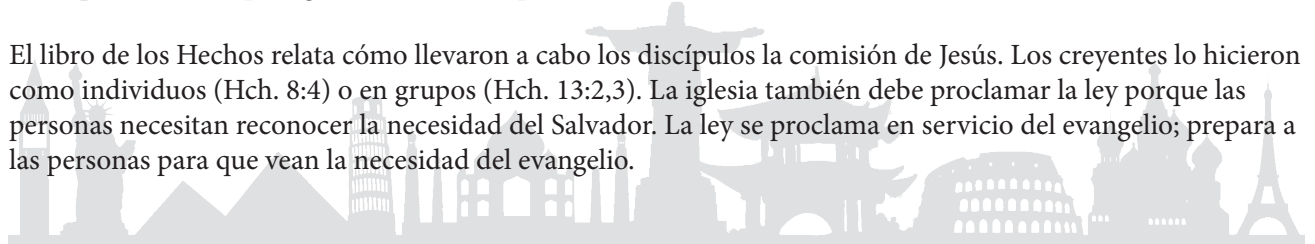
1. Pluralismo doctrinal. Aunque los escritores de iglecrecimiento sostienen que algunas doctrinas son fundamentales (no puede haber salvación sin ellas); están dispuestos a comprometerse en doctrinas que no consideran fundamentales; están de acuerdo en el desacuerdo en esas áreas.
2. No les dan a los medios de gracia lo que se debe darles. No conectan la obra del Espíritu Santo con los medios de gracia; ven el bautismo como un acto de obediencia, y la cena del Señor como una cena conmemorativa.
3. Teología de la decisión. Es evidente el énfasis arminiano sobre el libre albedrío. Solo en el material para el crecimiento de la iglesia luterana no aparece este énfasis, o al menos está disminuido. La meta de iglecrecimiento es persuadir a las personas para que acepten a Jesús. Destaca los poderes de persuasión, no el poder del evangelio.
4. El iglecrecimiento tiene una comprensión equivocada del pecado y la gracia, ley y evangelio. El Movimiento para Igecrecimiento destaca la metodología de las *necesidades sentidas* en el evangelismo. Según esta metodología, se buscan las necesidades que la iglesia puede satisfacer en las personas, como: mitigar la soledad, la tristeza, la alienación, y la pobreza. Así, la iglesia suple las necesidades para generar una respuesta positiva al evangelio. Cuando se usa esta metodología, se minimiza el pecado; se ignora la ley auténtica, que pone al descubierto las profundidades de la depravación humana. La gracia de Dios se oscurece cuando el evangelio incondicional se presenta condicionado a la respuesta humana. El evangelio auténtico, que proclama las buenas nuevas de la plena y gratuita salvación en Cristo se oscurece o se pierde.

En conclusión, al leer la literatura de iglecrecimiento, hay que separar cuidadosamente la paja del trigo. La investigación y los principios sociológicos no edifican la iglesia; solo el Espíritu Santo por los medios de gracia, edifica la iglesia. Debemos probar los métodos con base en la Escritura, no con base en resultados visibles.

La misión de la iglesia es proclamar el evangelio

En el lapso entre la resurrección y la ascensión, Jesús le dio a la iglesia su misión; dijo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.” (Mc. 16:15). “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos [...] enseñándoles” (Mt. 28:19,20). La iglesia debe compartir con el mundo las buenas noticias de lo que hizo Jesús para ganar la salvación para nosotros.

El libro de los Hechos relata cómo llevaron a cabo los discípulos la comisión de Jesús. Los creyentes lo hicieron como individuos (Hch. 8:4) o en grupos (Hch. 13:2,3). La iglesia también debe proclamar la ley porque las personas necesitan reconocer la necesidad del Salvador. La ley se proclama en servicio del evangelio; prepara a las personas para que vean la necesidad del evangelio.



La iglesia también administra los sacramentos cuando realiza su misión. Cristo los dio. Por el bautismo, Dios: lleva a las personas a su iglesia, les da el perdón y la justicia, que Cristo ganó por su vida santa y su muerte sustitutivas. Por la cena del Señor, Dios les da a los creyentes: perdón de pecados, vida, y salvación; él nos invita a su cena y nos da un anticipo del cielo.

La misión de la iglesia es proclamar el evangelio de Jesucristo, para hacer discípulos de todas las naciones. Tristemente, las personas oscurecen la misión de la iglesia cuando se centran en las necesidades terrenales de las personas y no en sus necesidades espirituales. El amor y la preocupación por el prójimo son fruto de la fe, pero solo el evangelio puede cambiar el corazón de las personas para que se interesen en las necesidades del prójimo.

Sin duda, Dios quiere que nos preocupemos por quienes tienen necesidades. Por los profetas del Antiguo Testamento, Dios condenó la opresión a los pobres (Is. 3:13-15; Jer. 5:26-29; Os. 6:6; Am. 2:6,7; 4:1; Miq. 6:10-12; 7:2,3; Sof. 3:1-3). Jesús condenó a los maestros de la ley y a los fariseos, por su falta de misericordia (Mt.23:23). Cuando Pablo se reunió con: Santiago, Pedro, y Juan, en Jerusalén, surgió el tema de la ayuda a los pobres. Pablo escribió: “Santiago, Cefas y Juan, [...] para confirmar que nos aceptaban como compañeros, nos dieron la mano a mí y a Bernabé, y estuvieron de acuerdo en que nosotros fuéramos a trabajar entre los no judíos, mientras que ellos trabajarían entre los judíos. Solamente nos pidieron que nos acordáramos de los pobres, cosa que he procurado hacer con todo cuidado” (Gl. 2:9,10 DHH).

En la iglesia primitiva hubo preocupación por los pobres. Los creyentes de Jerusalén vendieron todas sus posesiones y compartieron los ingresos con los pobres (Hch. 2:45; 4:32). La iglesia primitiva eligió siete diáconos para administrar la distribución de alimentos a las viudas (Hch. 6). Pablo hizo una colecta para los pobres de Jerusalén (1 Co. 16). Habla de una lista de viudas en la epístola a Timoteo (1 Ti. 5:9); una lista de viudas a las que la iglesia debía cuidar.

Ese interés por los pobres fue fruto de la fe, parte de la vida santificada del pueblo de Dios. Fue el resultado de la justificación por la fe. Las obras de amor fluyen de la fe. Si faltan esas obras, es muy posible que falte también la fe (Stg. 2:14-17; 1 Jn. 3:16,17). Actualmente también mostramos interés por los necesitados, de diversas formas. Nuestras congregaciones pueden tener bodegas para recoger y distribuir alimentos a los necesitados. Cuando les llevamos el evangelio a personas de otros países, podemos establecer programas de cuidados en salud, si lo necesitan. Al hacerlo, demostramos que el evangelio nos mueve a mostrar interés por los pobres y los necesitados. Pero nuestra misión básica sigue siendo predicar el evangelio de Jesucristo. Las obras de amor para con los necesitados son frutos del evangelio en la vida de las personas, cuyo corazón ha sido tocado por el amor de Dios para ellas.

Además de las obras de amor que hacen los cristianos, hay dos entidades en la sociedad que Dios instituyó para cuidar a los necesitados. La primera entidad que da cuidado en la sociedad es la familia. Como dice Pablo: “si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo.” (1 Ti. 5:8). La otra entidad es el gobierno; Dios instituyó el gobierno para el bienestar temporal de los ciudadanos (1 Ti 2:2; Ro. 13:4).

Dos movimientos han oscurecido la misión que Dios le dio a la iglesia; han centrado la misión de la iglesia en la ministración de las necesidades temporales de las personas y han descuidado la predicación del evangelio; han dirigido a la iglesia a producir cambios y mejoras en las estructuras y patrones de la sociedad. Son el evangelio social (acción social) y la teología de la liberación.

Washington Gladden (1836 – 1918), congregacionista, y Walter Rauschenbush (1861 – 1918), bautista, son los padres del Movimiento del Evangelio Social: este movimiento se centró en hacer de este mundo un mejor

lugar para vivir. Obscureció la expectativa cristiana de un hogar mejor en el cielo, buscando el reino de Dios en la tierra; animó a las iglesias a satisfacer las necesidades terrenales de los pobres y descuidó la proclamación del pecado y la gracia. Esto hizo que muchos seminarios agregaran cursos de ética social a sus programas, alentó a las iglesias a involucrarse en intentos de cambiar las estructuras y patrones de la sociedad. Trabajar para cambiar la legislación es algo que pueden hacer los cristianos individualmente como parte de su calidad de ciudadanos, pero no es la misión de la iglesia.

Nuestro Señor vivió en una época en la que el gobierno era corrupto, pero no defendió ni se involucró en intentos para cambiar las estructuras y patrones de la sociedad. Pablo vivió bajo gobernadores romanos corruptos, pero exhortó a someterse al gobierno (Ro. 13:1). Finalmente, la pretensión de la iglesia, de usar el gobierno para forzar a la gente a cambiar, fallará. Solo el evangelio puede cambiar el corazón; una iglesia que no proclama el evangelio desecha el único instrumento en la tierra que puede hacer que la gente ame al prójimo.

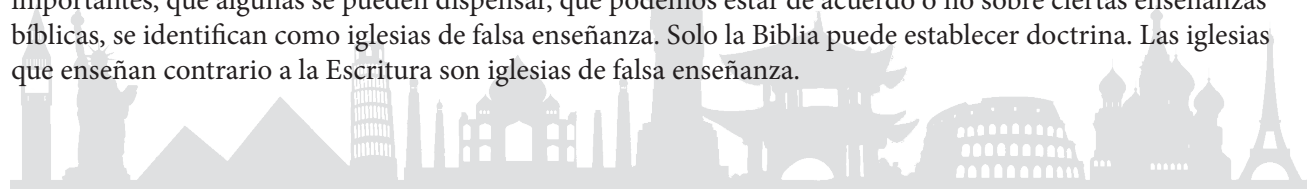
Otro movimiento que busca un reino de Dios en la tierra es la teología de la liberación; se trata de un activismo político con apariencia de religiosidad. Es cierto que la iglesia debe mostrar interés por los necesitados, como fruto de la fe, pero hay quienes piensan que la responsabilidad de la iglesia es quitar las desigualdades que encuentra en el mundo, entre los que tienen y los que no tienen. El principal vocero de ese movimiento en el siglo 20 fue Gustavo Gutiérrez, un sacerdote peruano; su libro, *Teología de la Liberación*, es la biblia del movimiento. Se considera que la obra “salvífica” de la iglesia es construir una “sociedad justa”. Tristemente, este movimiento también descuida la predicación del evangelio, el único que puede liberar a las personas. Oscurece la expectativa del cielo al buscar el reino de Dios en la tierra. La teología de la liberación, con el énfasis en este mundo, es simplemente otro instrumento de Satanás con el que intenta apartar a la iglesia de su verdadera misión.

¿Qué constituye una iglesia ortodoxa?

Una iglesia *ortodoxa* es una iglesia de “correcta enseñanza”. ¿Qué determina si una iglesia enseña correctamente? La Escritura indica que hay tres normas: la iglesia debe enseñar toda la Palabra de Dios, ni más ni menos. Debe administrar los sacramentos de acuerdo con la Escritura. Debe practicar la disciplina doctrinal, de modo que su práctica esté de acuerdo con su profesión de fe. Una iglesia *heterodoxa*, o de “falsa enseñanza,” es la que añade o quita de la Palabra de Dios; no administra los sacramentos como Cristo los instituyó; no disciplina a los que enseñan falsa doctrina, creando así una diferencia entre su profesión de fe y su práctica.

En primer lugar, la iglesia debe enseñar toda la Palabra de Dios, no menos. Jesús dice: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, [...] enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mt. 28:19,20). Condenó a los maestros de la ley por añadirle a la Escritura, al poner a sus propias interpretaciones de la ley en el mismo plano que la ley de Dios (Mt. 15:9). El libro de Apocalipsis cierra con esta advertencia: “Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro” (Ap. 22:18,19).

Cuando las iglesias añaden, sus propias leyes o doctrinas, a lo que Dios tiene en la Biblia, se identifican como iglesias de falsa enseñanza. Cuando indican: que no creen que todas las doctrinas de la Escritura sean importantes, que algunas se pueden dispensar, que podemos estar de acuerdo o no sobre ciertas enseñanzas bíblicas, se identifican como iglesias de falsa enseñanza. Solo la Biblia puede establecer doctrina. Las iglesias que enseñan contrario a la Escritura son iglesias de falsa enseñanza.



Segundo, una iglesia ortodoxa administra los sacramentos como Cristo los instituyó. Cuando las iglesias convierten el bautismo y la cena del Señor, en actos sacrificiales que debemos hacer solo porque Dios lo dijo, indican que son iglesias de falsa enseñanza. Cuando las iglesias niegan la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en la cena del Señor, o la administran de una manera que no está de acuerdo con la institución de Cristo, se identifican como iglesias de falsa enseñanza.

Finalmente, cuando una iglesia no disciplina a los que enseñan falsa doctrina, se identifica como iglesia de falsa enseñanza. Jesús advirtió contra los falsos profetas (Mt. 7:15). Pablo dejó a Timoteo en Éfeso para que les ordenara a algunos supuestos maestros que dejaran de enseñar doctrinas falsas (1 Ti. 1:3). Les dijo a los cristianos de Roma que no se unieran en la expresión de la fe con los que causaban divisiones y tropiezos contra la doctrina que habían aprendido (Ro. 16:17). Pablo advirtió muchas veces contra los falsos maestros (2 Co. 11:13; Tito 1:10,11; 2 Co. 11:3). La Iglesia Evangélica Luterana en América (ELCA [abreviatura en inglés]) permite que las personas de su entorno nieguen la resurrección física de Jesucristo. Si una iglesia, en una confesión pública, declara que cree en la resurrección de Cristo, pero permite que personas de su entorno nieguen la resurrección de Cristo, se identifica como una iglesia de falsa enseñanza.

¿Cómo encontramos una iglesia de enseñanza correcta? Buscamos las confesiones públicas de la iglesia. No es suficiente decir: “la Biblia es mi confesión”; la pregunta es ¿Qué dice usted que dice la Biblia? Las iglesias deben declarar lo que dicen que dice la Biblia para que podamos compararlo con lo que en verdad dice la Biblia. Si la confesión de una iglesia no está de acuerdo con la Escritura, es una iglesia de falsa enseñanza.

Nosotros adherimos a los confesiones luteranas como están publicadas en el *Libro de Concordia de 1580*. Las tres confesiones comunes a todos los que se llaman cristianos son los credos: Apostólico, Niceno, y Atanasiano. Las seis confesiones luteranas distintivas son: el Catecismo Menor de Lutero (1529); el Catecismo Mayor de Lutero (1529); y la Confesión de Augsburgo (la confesión inalterada de 1530; sin los cambios que le hizo Philip Melanchthon, que rechazamos y que hicieron posible que los reformados la aceptaran); la Apología (defensa) de la Confesión de Augsburgo (1531); los Artículos de Esmalcalda (1537, con el tratado de Melanchthon sobre el *Poder y la Primacía del Papa*), y la Fórmula de Concordia (1577). Estas son las confesiones que suscribimos. Además, algunas veces hemos agregado otras declaraciones doctrinales para establecer nuestra posición en asuntos no tratados específicamente en las confesiones luteranas, como: la inspiración, el aborto, y los papeles del hombre y la mujer.

Entonces las iglesias de falsa enseñanza: enseñan contrariamente a la Palabra de Dios, le añaden o le quitan. No administran los sacramentos de acuerdo con la institución de Cristo. Viven o enseñan contrariamente a la Palabra de Dios, o permiten que falsos maestros promuevan el error en su entorno. Entonces una iglesia de enseñanza correcta: enseña toda la Palabra de Dios, no más ni menos; administra los sacramentos como Cristo los instituyó; practica la disciplina doctrinal de modo que su práctica esté de acuerdo con su profesión.

¿Hay cristianos en las iglesias de falsa enseñanza?

Donde se proclame el evangelio, allí encontraremos creyentes (Is. 55:10,11). Así, encontraremos creyentes también en iglesias de falsa enseñanza. Mientras una iglesia acepte el Dios trino como el único Dios verdadero, mientras proclame a Jesucristo como el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre, mientras enseñe que Jesús murió para pagar nuestros pecados y resucitó, habrá creyentes en esa iglesia. La voluntad de Dios obrará para llevar a las personas a la fe por medio del evangelio.

Habrán creyentes en esa iglesia, no por el error, sino a pesar del error. El error nunca ayuda a la fe, siempre la perjudica. El error socava la fe; todo error tiene finalmente un efecto perjudicial sobre la doctrina central de la fe cristiana: que somos salvados solo por gracia por medio de la fe en Jesucristo. Cuando las personas niegan la inerrancia de la Escritura, en últimas socavan lo que enseña la Escritura sobre Jesucristo, que es el centro de la Escritura.

Por eso no podemos unirnos con una iglesia que enseñe o tolere el error en su entrono. No nos unimos con ella, en testimonio contra su error. No nos unimos, para no hacer que las personas tropiecen en la fe, dando la impresión de que el error no es objetable. No nos unimos con una iglesia de falsa enseñanza para no exponernos al error que pueda destruir nuestra fe. Con frecuencia se nos ha acusado de decir que somos los únicos que iremos al cielo; no enseñamos eso, creemos que todos los que creen en Jesucristo como su Salvador del pecado irán al cielo. Pero, en obediencia a nuestro Salvador y en amor por las almas de los que están amenazados por el error, no nos unimos a iglesias que enseñan o toleran el error.

~~~~~

## Notas finales

<sup>1</sup>Bettenson, Documents of the Christian Church, pág.159.

<sup>2</sup>McBrien, Catholicism, pág.815.

<sup>3</sup>"Dogmatic Constitution on the Church," in Abbot, Documents of Vatican II, págs. 32,33.

<sup>4</sup>Abbot, Documents of Vatican II, págs. 35. (Para una declaración similar, véase también el Catecismo de la Iglesia Católica, n. 847.)

<sup>5</sup>McBrien, Catholicism, pág.736.

